

WILKINS, Mira, *The History of Foreign Investment in the United States, 1914-1945* Cambridge, Mass. y Londres: Harvard University Press, Harvard Studies in Business History, (2004) 43, xxvi + 980 pp.

Revista de Historia Industrial, 28, 2005

Precedida por un título pasado de moda en las publicaciones norteamericanas, la obra de Mira Wilkins, profesora emérita de la Universidad Internacional de Florida, trata de una cuestión esencial, pero que raramente se estudia de forma global: las inversiones extranjeras en los Estados Unidos desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta la estabilización de las economías del Atlántico Norte en los años cincuenta. Pocas personas parecen mejor preparadas que Mira Wilkins para llevar a cabo este tipo de investigación. Su libro, en efecto, aparece como la segunda parte del que publicara hace quince años, su conocida *History of Foreign Investments in the United States to 1914*. El libro examinado aquí es un monumento a la erudición, no sólo por su ambición y por su tamaño, sino quizá más aún por sus 3.050 notas, reunidas en 253 páginas, sus 30 páginas de bibliografía y sus 53 páginas de índices.

La obra de la profesora Wilkins combina, en proporciones casi iguales, méritos indiscutibles con imperfecciones graves. Suministra numerosas informaciones, a veces inéditas, siempre interesantes, útiles y precisas, sobre sus fuentes de información, sobre la naturaleza, fines, métodos y estrategias tanto de los inversores como de los poderes públicos. Una investigación sutil nos permite seguir las actitudes, opiniones, variaciones en el tiempo y reacciones frente a determinados acontecimientos de los actores y poderes norteamericanos, desde las autoridades de la Casa Blanca hasta los servicios de información del Estado (FBI), pasando por órganos semi-públicos como el Federal Reserve Board (FRB) o el New York Stock Exchange (NYSE) y diversos bancos e industrias privadas. No ignoradas, pero sí menos estudiadas en profundidad resultan las reacciones de las autoridades europeas a las intervenciones de los poderes públicos y económicos de los Estados Unidos en sus filiales en suelo americano. De sumo interés son las descripciones, bien anotadas, de las reacciones de los gobiernos alemanes, ingleses, suizos y suecos en diferentes asuntos.

Una contribución particularmente útil a nuestro conocimiento de las técnicas empresariales es la inclusión, dentro de la descripción de los intereses cruzados y de sus consecuencias más duraderas, de las estrechas relaciones tejidas desde antes de la Primera Guerra Mundial entre los grupos electrotécnicos alemanes y americanos y, sobre todo a partir de los años veinte, entre Du Pont y Standard Oil por un lado y la IG Farben y sus tres principales casas madres por otro. Una aportación importante del libro consiste en la precisión con la que se describe el decorado en el que se inscriben las inversiones extranjeras en los Estados Unidos. La autora atiende a la influencia de los acontecimientos políticos y económicos, tanto internacionales como nacionales, casi tanto como al peso de las

inversiones y a su importancia técnica en relación con el crecimiento de la industria norteamericana en cada sector, en particular el químico. El libro ofrece unas apreciaciones interesantes sobre la política financiera norteamericana: el desarrollo de los mercados financieros, los problemas monetarios derivados de la devaluación del dólar, o el abastecimiento y la constitución de reservas de materias primas estratégicas. Todo esto medido por la profesora Wilkins en función de la adaptación y finalmente de la utilidad tanto de la inversión como de la tecnología extranjeras a y para las necesidades del crecimiento de la primera economía mundial. El lector europeo no puede menos que experimentar cierta sorpresa ante el tono nacionalista de la autora, un tono que desapareció hace más de medio siglo de los trabajos europeos de esta índole. Sería ésta una crítica menor si el libro no estuviera tan mal organizado ni “gozara” de una redacción tan pesada. El deseo de Mira Wilkins de ofrecer un estudio exhaustivo la ha llevado a una minuciosidad en la que no se ha discriminado entre lo importante, lo útil y lo supérfluo. Muchas veces, el libro diluye la sustancia en la anécdota, a través de una permanente acumulación de detalles de dudoso interés. ¿Qué nos aporta el hecho que la firma británica BAT introdujera los cigarrillos Kool en los Estados Unidos, o que el dentífrico *Pepsodent* fuera adquirido por el grupo Lever? No parece más que una anécdota indicar que, después de 1945, ya podían comprarse de nuevo en Nueva York instrumentos de manicura alemanes fabricados en Solingen.

El libro consta de diez capítulos que el lector sigue de forma rigurosamente cronológica. Si el conjunto de la obra constituye una contribución esencial al tema central, este tipo de estructura de redacción en secuencias cronológicas breves aumenta las dificultades del lector. Cada capítulo se ha organizado en secciones aparentemente cortas, y que no se indican, por cierto, en el índice, con la misma estructura interna. Se empieza con un panorama general, tanto nacional como internacional, político y económico del periodo estudiado. Esta sección incluye siempre una estimación aproximada de la variación de la inversión extranjera, separando de manera clara la directa de la de cartera. Sigue una serie de estudios sectoriales, sin orden bien definido, pero que parece seguir la importancia atribuida por la autora a las variaciones del peso proporcional de los flujos pasados y presentes durante el periodo. No sólo tiene el lector que resistir los efectos de una sucesión de repeticiones fastidiosas, sino que debe hacer un esfuerzo continuo si quiere seguir el hilo director de la política de instituciones como el FRB en el caso de los movimientos de oro, o de grupos industriales como la IG Farben, Lever, Du Pont y General Electric. El gran problema se deriva de las dificultades encontradas por la señora Wilkins al tratar de subdividir y coordinar al mismo tiempo todos sus estudios de caso dentro de una división excesiva del periodo estudiado. Pero cuando trata de agregar un grupo de sectores aparecen nuevos problemas. Podría discutirse si mayoristas como Bunge & Born y Dreyfus, o navieras como HAL, que sólo tienen oficinas comerciales en unos puertos de los Estados Unidos, son inversores directos. Lo mismo ocurre con los bancos que sólo tienen una representación en Nueva York. Pero como la autora ha escogido un método esencialmente descriptivo, no nos parece razonable criticar demasiado la falta de contenido analítico del libro. Aunque es preciso indicarlo.

La información es en su gran mayoría resultado de la investigación personal de la profesora Wilkins, y se basa en un abanico excepcionalmente amplio de fuentes, inclu-

yendo, además de los archivos públicos, los de los bancos centrales y privados (estadounidenses sobre todo) y numerosas empresas. Las notas indican que se han empleado también numerosos libros, artículos de periódicos y revistas, una excepcional colección de publicaciones sobre una gran variedad de temas y cuestiones, tesis publicadas e inéditas, encuestas, y entrevistas con investigadores norteamericanos y europeos (pocos de los países latinos). La gran mayoría de los estudios de caso están bien documentados a pesar de la masa de detalles inútiles. Algunos de los cuadros son interesantes, si bien hubiera sido deseable una mayor selección de los indicadores, dado lo superfluo de mucha de la información (como en el estudio detallado de la cartera americana de la Scottish Mortgage Co.). Los datos son frecuentemente aproximativos, pero Mira Wilkins indica siempre las limitaciones cuantitativas de sus fuentes, sin tratar de ocultarlas con disgresiones cliométricas.

La actuación y los objetivos económicos de los grupos que participaron en las diferentes actividades de interés para los inversores extranjeros se estudian de manera desigual. Lógicamente, la profesora Wilkins es más precisa y clara cuando expone las reacciones de las autoridades norteamericanas o de la comunidad financiera de Nueva York, por ejemplo en las épocas críticas del otoño de 1914, la depresión de 1929 o los años 1939-1941. De sumo interés son las líneas donde se explica la ansiedad que generó la volatilidad de las inversiones extranjeras de cartera en el NYSE, y la debilidad de la industria química nacional, muy dependiente de las patentes y el saber hacer alemanes. También resultan interesantes, aunque fraccionados por la redacción, los relatos de las relaciones entre las matrices británicas, el Foreign Office y el Banco de Inglaterra y su reacción frente al problema monetario de los años treinta y, más tarde, frente a los créditos americanos (en particular el préstamo RFC de 1941). Si bien según la propia Mira Wilkins tanto la estructura como la estrategia de la IG Farben son *frightfully complicated*, su descripción de la complejidad estructural de las industrias químicas alemanas y más tarde suizas es sustanciosa. Y eso a pesar de su fragmentación, debida una vez más a la estructura de la redacción del libro. Como contraste, las páginas que tratan de las relaciones y vínculos dentro de la electrotecnia norteamericana son muy decepcionantes y poco informadas. Una de las deficiencias mayores del análisis industrial de este libro, y que nos parece una verdadera laguna, tiene que ver con la “necesidad” de preservar las inversiones directas norteamericanas en Alemania, el mantenimiento de los flujos tecnológicos de origen alemán a partir de 1933, y sus efectos sobre la política tanto de las autoridades como de los grupos de presión de Washington. Aquí, a pesar de la riqueza global, existe un grave desequilibrio derivado de la reducida información de origen alemán empleada. No obstante, el libro sigue de manera excelente la reducción progresiva del capital y de la influencia extranjeros en la economía norteamericana, describiendo las pocas tentativas duraderas inglesas en la inversión de cartera y canadienses en la inversión directa en sectores específicos. Así, están bien documentados, a pesar de las inevitables zonas de sombra, la práctica desaparición de la influencia directa alemana (que no de los numerosos alemanes recientemente naturalizados y activos en sectores claves de la economía hasta 1941), o el problema hasta ahora mal esclarecido de las inversiones suizas realizadas para camuflar inversiones germánicas o para participar en los dos lados. El problema analítico es más agudo con las inversiones francesas y suecas, aunque hayan sido mucho menores que las anteriores.

El último capítulo, titulado *American Hegemony*, es una combinación dialéctica entre una visión retrospectiva del pasado y una mirada a ese instante de potencia universal que fue, en la historia de los Estados Unidos, el año 1945. Crece en este capítulo el nivel de la redacción, indiscutiblemente, incluso aunque se repitan, hasta el exceso y en forma de letanía, las marcas comerciales: *Ovaltine*, la mostaza *Colman*, el lino inglés, etc. Los últimos momentos de la controversia sobre las empresas químicas alemanas naturalizadas suizas con la ayuda de las autoridades helvéticas, el papel cada vez más reducido de los intermediarios financieros europeos, sobre todo británicos y holandeses, y la importancia cada vez menor de las multinacionales europeas como Philips y Unilever en el mercado norteamericano, son indicaciones del cierre de una época en la historia del mundo atlántico. El capítulo marca el fin de una etapa fundamental en la relación iniciada en 1914 entre los Estados Unidos y el resto del mundo. Con el privilegio de escribir en los últimos años del siglo XX, las últimas frases de la profesora Wilkins son un eco de las palabras de Paul Valéry sobre el destino de las construcciones humanas.

Incluso si hay poco en este libro que pueda sorprender al especialista, Mira Wilkins ha ampliado considerablemente la información sobre la que se apoyan casi todas las generalizaciones, y ha demostrado los límites de la capacidad del capitalismo del norte de Europa para recuperar parte de su hegemonía anterior a la Primera Guerra Mundial. Este libro indica también lo progresiva que fue la percepción americana de sus deficiencias industriales y tecnológicas, de su dependencia estratégica sectorial, y sobre todo de las medidas que exigía una situación excepcional.

Este libro, para concluir, integra las virtudes y los inconvenientes de una fijación excesiva en la cronología. Está demasiado ausente la reflexión analítica. Uno puede criticar los instrumentos teóricos, así como la metodología de la autora. Pero lo que falta, sobre todo, es un análisis continuo de las grandes cuestiones que se revisan. Eso es la consecuencia de la preferencia otorgada a la cronología corta sobre el tiempo. De la profesora Wilkins podría decirse lo que afirmó Talleyrand hablando de Napoleón: nunca *da tiempo al tiempo*. Lo cual no significa que no estemos frente a una muy clara y justificada interpretación de los textos. Sus conclusiones son similares a las de los mejores especialistas internacionales, y generalmente se asientan sobre bases documentales indiscutibles. La obra de la profesora Wilkins ilustra todo lo que la historia económica clásica puede ofrecer al lector, tanto especialista como general. Lo que casi nunca ocurre con los textos de los adeptos a la cliometría. Los futuros estudios de este periodo clave del siglo XX tendrán que pasar por este monumento a la erudición

ALBERT BRODER